



cia picante, por el puente de las Palmas dejó caer los suspiros que hicieron temblar a sus treinta y dos arcos. Y un buen día rompió a cantar. Y fue el Guadiana el que floreció a su paso, doloroso de tantos cautiverios. .

La niña se llamaba —o, mejor, se sigue llamando oficialmente— Manuela Otilia Pulgarín González. Bonito nombre, aunque parezca feo. El de Otilia tiene incluso ribetes de evocaciones en Granja de Torrehermosa. O en Salvatierra de los Barros, de donde es la madre de Manuela Otilia. Perdón, de Rosa Morena. Era una cría inquieta, lista, llorona. Eso es lo que dice la partera: que desde

que nació empezó los cantes. Luego, de los cinco a los ocho años, asistiría al colegio de las Josefinas. Finalmente, casi con babatel, tiró a los rumbos de la copla sus mejores tejos. Y eso que era tan chica.

La caída de los niños prodigios

Llegaron los años cincuenta. Empezábamos todos a respirar mejor, a comer mejor, a vestir un poquito mejor, sin necesidad de que nos tuvieran que arreglar el

abrigo viejo del padrino o los pantalones del hermano mayor. Mientras tanto, los ayes de Antonio Molina venían de las eras extremeñas con un sopor de fuego y un levisimo rumor de cangilonos de noria. Eran los años de «Soy minero —y templo mi corazón —con pico y barrena» y «Una paloma blanca —como la nieve». Los años de una infancia que empezaba a saber lo que era la infancia. Para Rosa Morena, el duro despertar de una familia humilde, con una niña prodigio que, en el decir de los vecinos, imitaba muy bien a Antonio Molina. Una niña que ante los micrófonos de Radio Extremadura repetía aquello de la hija de Juan Simón